LAS CUATRO ESTACIONES



Félix Morales Prado

BIBLIOTECA



MALDEVO

Félix Morales Prado

LAS CUATRO ESTACIONES

Ilustraciones: Alphonse Mucha

BIBLIOTECA
MALDEVO

Diseño y maquetación: Félix Morales Prado
Ilustraciones: Alphonse Mucha

Primera edición en “Fundación Quinto Centenario”, 1991, Huelva.
Segunda edición en “Biblioteca Maldevo”. Ediciónes del autor.
2020.

© Félix Morales Prado



Esta obra está sujeta a Licencia Creative Commos. Puede compartirse siempre que se reconozca y cite la autoría de Félix Morales Prado, no se hagan adaptaciones ni mezclas con otras obras, se respete el texto en su integridad y no se realice un uso comercial de ella.

Félix Morales Prado (Sevilla,1952). Desde su nacimiento hasta su juventud vive en Punta Umbría (Huelva). Trabaja como periodista entre las décadas de los setenta y los ochenta. Licenciado en Filología Hispánica. Profesor de Lengua Española y Literatura.

Asesor técnico en la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía. En este puesto forma parte del equipo que crea y diseña los proyectos "Poetas en el Aula", "Teatro en el Aula", "Narradores en el Aula" y "Nuestros clásicos".

Funda y dirige varias revistas: "Rasputín" (en colaboración con el filósofo y poeta José Antonio Antón), "Con Dados de Niebla", donde fue redactor jefe y "El fantasma de la glorieta" de la que, tras pasar por varias etapas impresas en papel, creó una versión electrónica en internet.

Entre mayo de 2008 y julio del 2010 vive en México, desde donde colabora con una serie de artículos de periodicidad quincenal, "Magias de México", en el diario español "El Mundo". En ellos refleja aspectos antropológicos y culturales inadvertidos y extraños del país hispanoamericano. De 2019 a 2020 publica en el periódico "Huelva, Buenas Noticias" la serie de artículos "Visiones de Maldevo", sobre la Punta Umbría casi desaparecida de los años cincuenta a setenta del siglo XX.

Además de tales y otras diversas colaboraciones en revistas, prensa diaria y antologías, ha publicado: "Manifiesto de la inocencia herida", "Maldevo", "Ciclos", "El sabio burro", "Le chasseur et autres poèmes", "La belleza es el ángel del misterio", "El mar tiene hoy color de estar pensándose", "Haikus de la lluvia y otros poemas breves", "Circe" o "Solipsignos", entre otros.

"Las cuatro estaciones" la conforman los poemas aparecidos por primera vez en 1991, junto a serigrafías del pintor Faustino Rodríguez, en la carpeta de lujosa elaboración "Ciclos", dentro de las ediciones de La Fundación Quinto Centenario.

A mi hijo Félix

ÍNDICE

P R I M A V E R A

El corazón está
en los ojos lunares de los pájaros,
en el jardín, selva de pronto,
y entre las piernas mojadas de sus hembras.
Almíbar en los troncos
que con sus manos acaricia Primavera,
la muchacha alegórica
que ha salido de aquella casa fría
en donde todos duermen.
La mira un viejo que llora entre los sauces.
Se aleja una serpiente
de la camisa muerta sobre la hierba
hacia el negro agujero.
Los duendes del deseo
saltan bajo las setas
y cantan Mangas Verdes.
La mantis religiosa devora a su marido.
Y bajo la mimosa
de racimos dorados
el pelícano se abre un río rojo en el pecho
para las crías que el águila contempla desde el cielo.
La araña tiembla

en su tela de cristal
y canta el mirlo.
En el último cuarto
de la mansión abandonada
el cuadro “Ofelia” de Millais
espera solo su momento.


Mucha

V E R A N O

Es el verano de estas playas
una luz excesiva;
es una muerte blanca que profanan los hombres
y, así, en sombras de sueños se convierten.

Y la Historia se duerme

y los periódicos no llegan.

Cualquier leyenda es posible en este tiempo.
Cualquier pez gigantesco que no exista.
Cualquier amor perdido por las dunas.
Caminan los bañistas por la orilla a occidente
hasta ser sólo puntos o restos que deja la marea,
desaparecen lejos y ya no vuelven nunca.
Al mediodía, las olas son animales blandos
que soportan pacientes los juegos de los niños.
Tal vez una cometa se extravía en el cielo
o un solitario intenta
sentado bajo un toldo
silenciar un dolor que le aprisiona el alma
y exacerba este clima.

¿Quién lee a Mark Twain bajo una pérgola emparrada?
¿Quién duerme envuelto en el sudor y las visiones
de muchachas desnudas?
¿Quién se emborracha con el olor de las adelfas?
El hombre de la nieve, que pasa, grita el frío
y, al momento, este sitio
se llena de contrastes. Atardece.
Y son las azoteas atalayas sin nadie
desde donde se puede mirar este poema.


Mucha

O T O Ñ O

¿Qué viejo sopla el viento
que el corazón arrastra por las hojas caídas?
¿De qué lugar del mundo llega
a través de la oscuridad y de los bosques
hasta este pueblo
donde las casas gimen de soledad
en la noche y la lluvia?
A su paso se agitan
las moreras,
          los álamos,
   los chopos;
y convoca fantasmas y nostalgias
en las playas desiertas.
El poeta escribe desde su gabinete
con el alma mojada por el paisaje gris.
Los duendes de este tiempo vuelan entre los árboles
mientras que los amantes huyen bajo paraguas
a sitios escondidos que no existen y anhelan.
El viejo le levanta la falda a las muchachas
y esa imagen se inscribe en los sueños de niños
que, cuando duermen, respiran lejanías.
Al fin, como un tornado,

el anciano se va
corriendo por calles y marismas.
Aquí queda su espíritu acariciando aleros,
hojas dobladas de aspidistras
y ojos que miran
el paisaje que, triste, los dibuja.


Mucha

I N V I E R N O

¡Qué triste está la Madre Cansada del invierno!
En sus faldas anidan los pájaros tardíos
condenados a muerte.
El cuentacuentos huye hacia las chimeneas.
Lleva un saco cargado de imagen fermentada
que cazó por los montes
donde la oruga vive en éxtasis
y el gnomo oculta su existencia.
El castillo y las casas
parece que han caído desde un cielo de nubes;
allí aguarda la nieve
dentro del corazón del que contempla.
Envuelto en una capa
pasa algún transeúnte por las calles.
Dos amigos conversan del frío y sus misterios
detrás de una ventana, al calor del hogar:
Todo lo que se esconde en el silencio:
Un niñito desnudo atraviesa los campos
y lo rodean palomas y el llanto de las madres
que gimen bajo el macho en camas malolientes.
O el borracho que bebe el vino del pasado
en aquella taberna tan mágica y vacía.

Las hogueras perdidas por las cañadas, lejos,
¿quién habrá, en la distancia, que alimenta los sueños?
La Navidad fue un gesto que contenía todo.
Ahora espera el momento en que el amor despierte.
Y esa anciana desnuda, la del frío infinito,
con aguardiente embota la mente de los hombres.
Es tiempo de dormir.
Marzo abrirá la puerta del deseo que mata.
Hasta entonces, la Madre
acunará en su falda al inocente.


Mucha


Este cuaderno
fue publicado por el autor
en octubre de 2020,en formato PDF
y bajo Licencia Creative Commons,
para su distribución libre y gratuita.